

Turnismo

Por: Pedro Trujillo

Se entiende por turnismo el pacto que, a fines del siglo XIX, hicieron dos partidos políticos españoles para mantener la debilitada monarquía, de forma que la alternancia en el poder les permitiese cumplir con tal objetivo.

Ese concepto de turnismo impregna la política nacional. Los partidos políticos esperan su turno hasta que llega su hora. Entonces, desde el poder, depredan cuanto pueden. Hasta ese instante y aletargados, están en la oposición sin hacer prácticamente nada. Los líderes que disputan la presidencia durante un proceso electoral quedan mudos tras aquel, y solo renacen con la nueva contienda.

En el ínterin, el silencio y la pasividad es lo dominante. Se trata, como en una emboscada, de situarse, esperar y, en el momento oportuno, lanzarse al sillón todopoderoso. A los partidos les importa un bledo arreglar los problemas del país: la pobreza, la corrupción, la inseguridad o generar condiciones para la inversión. Ese no es su proyecto ni su programa ni su fin. Solo desean mantener el statu quo y la fuerza necesaria para alcanzar el poder, y ahí se terminó. Por ello su duración es efímera y nunca se reelige el mismo grupo. El partido no trabaja ni siquiera en pro del propio partido. Líderes de ciertos movimientos no han apoyado a sus “sucesores”, y aún estando en el poder, han perdido los siguientes comicios.

Esa es la razón de que todo sea transable. Se compran y se venden obras, comisiones, diputados; se tapan corruptelas y trapos sucios, y se consiente un manejo de fondos públicos con total opacidad. La justicia ni funciona ni es necesario que lo haga; la impunidad proporciona el necesario oxígeno. El Ejecutivo actúa de la misma manera. Favorece a financistas con una frescura propia del absolutismo más descarado, otorga cargos con el dedo índice, después de haberlo puesto en la nariz, y el organigrama público se llena de amigos y familiares, con total descaro. Muchos “ciudadanos” se conforman con estar en algún momento en el bando ganador, ocasión que aprovecharán para pedir a sus representantes políticos cualquier favor, esperanzados de que a todos les llegue su turno y tengan su oportunidad.

Mientras, el país se desangra porque no hay voluntad de arreglar absolutamente nada. Lo mejor es que todo siga como está y así cada cual tendrá su trocito del pastel algún día, llegado el cual, la autoridad se convierte en autoritarismo, y el siervo, en poderoso. Ambos manejarán a su antojo la parcela que les toque y por la que tanto tiempo pacientemente esperaron. Hay que seguir con el amiguismo, porque si son los más capaces quienes llegan a esos puestos, no habrá posibilidad de recuperar las “inversiones” ni poder multiplicarlas a través de ONG que manejan sustanciosos fondos o de empresas fantasmas que solo suministran millonarias compras al Gobierno, siempre de urgencia nacional, amén de los grandes financistas que arrasan grosera y permanentemente con todo.

Y así, con conceptos del siglo XIX que deberían estar superados y con esa necia fe que nos ciega, creyendo que esto se arreglará “porque somos los mejores”, seguimos esperando al arcángel con la espada de fuego que ponga orden, y nos acostamos con las mismas quejas, decepciones y desilusiones con las que amanecemos al día siguiente. Son las tribulaciones de quienes no quieren ser nada más ni aspiran a nada mejor: nosotros.